

TOMÁS MELENDO

RAÍCES DE LA CRISIS

Sobre la naturaleza
y el auténtico poder del dinero



RIALP

TOMÁS MELENDO

RAÍCES DE LA CRISIS

Sobre la naturaleza y el auténtico
poder del dinero

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

También los profesionales de las finanzas, aun siendo especialistas, tienen algo que aprender al contemplar sus actividades en un contexto intelectual más amplio. (Richard A. POSNER, *The Crisis of Capitalist Democracy*).

Los pueblos que no entiendan la esencia del dinero están condenados a vivir bajo su yugo. (Ramiro de MAEZTU, El sentido reverencial del dinero).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
1. Las fases de este escrito	13
2. Las ideas centrales.....	16
I. CRISIS DE LA CRISIS.....	19
1. Multidimensional	19
2. Índice y origen de una crisis de la humanidad en cuanto tal.....	29
3. Causa y con-causas: alianzas mutuas	47
4. Diagnóstico provisional	62
II. APROXIMACIÓN A LA ESENCIA DEL DINERO ..	65
1. El dinero como instrumento.....	65
2. Instrumento de instrumentos.....	96
3. Las instrumentalidades del dinero.....	112
4. Radicalmente ambiguo	131
III. MÁS SOBRE LA ESENCIA DEL DINERO	157
1. El dinero, motor de voluntades	157
2. Su relación con otros instrumentos	182

IV. EL DINERO TECNOLÓGICO	215
1. Un cambio de relieve.....	215
2. Técnica y tecnología.....	222
3. Una nueva concepción de lo humano.....	238
4. La tendencia a auto-reproducirse	265
V. EL SER DEL DINERO	287
1. Comprender los fundamentos de la crisis	287
2. Una economía alternativa.....	318
3. El fundamento de la nueva economía	322
BIBLIOGRAFÍA.....	335

INTRODUCCIÓN

1. LAS FASES DE ESTE ESCRITO

El libro que tienes entre las manos surgió en tres etapas, que, por pura honradez intelectual y porque ayudan a comprender su estructura y algunas de sus características, quiero poner de manifiesto.

a) Hace ya bastantes meses, poco después de estallar la crisis, me invitaron a intervenir en un congreso para empresarios, celebrado en la provincia de Málaga. Expuse mi conferencia tomando como base un pequeño esquema elaborado de antemano, como suelo hacer cuando se trata de temas relativamente conocidos.

b) Como al término de ese encuentro se habló de la oportunidad de publicar las ponencias, en los días que siguieron empleé algunos ratos en reflexionar sobre lo que allí había semi-improvisado oralmente. Pero otras ocupaciones me impidieron concluir aquel trabajo.

c) Meses más tarde vio la luz la *Caritas in veritate*. La leí con detenimiento y descubrí que algunas de las ideas relativas al estado actual de la economía tenían bastante semejanza con las esbozadas en mi intervención. Otras, sin embargo, suscitaron en mí serias dudas y abrieron interrogantes de relieve en torno a las presuntas raíces del problema y a la viabilidad de algunas de las soluciones que el documento sugería. Por lo que experimenté un nuevo impulso para profundizar en mis indagaciones y redactar la versión escrita, incorporando a pie de página o, a veces, en el texto, algunas de las afirmaciones del pontífice.

Simultáneamente, en parte como contrapeso imprescindible y, sobre todo, con objeto de ahondar en mi propio planteamiento, advertí la conveniencia de albergar en estas páginas, tras haberlos estudiado, a muy distintos autores y, en particular, a algunos cuya ideología contrasta notablemente con la del papa actual. No con la intención de dar una de cal y otra de arena, sino llevado por el ritmo interno de la investigación en curso, con la que aspiraba, ante todo, a esclarecer para mí mismo lo que estábamos viviendo.

Al oír y ponderar buena parte de las voces pertinentes pretendía, en ocasiones, desarrollar lo que en el bosquejo primitivo era tan solo una sugerencia; en otras, comprobar la medida en que mis intuiciones correspondían a los acontecimientos históricos o a la doctrina de los filósofos, pensadores y economistas que habían tratado los mismos asuntos; y, en cualquier caso, confirmar mi punto de vista, retocarlo cuanto fuera preciso o rectificarlo radicalmente. Pero también corregir apreciaciones ajenas, cuando no parecían del todo atinadas para comprender cabal-

mente las realidades a las que aludían, con total independencia de su origen.

Concluida la primera redacción, no me hubiera resultado difícil suprimir las citas y referencias más comprometidas e incluso sustituirlas por otras con idéntico o muy parecido contenido y, a tenor de quien las propone, políticamente más correctas; pero he preferido no ofender la inteligencia del lector, convencido de que se dejará guiar por el peso intrínseco de las distintas aportaciones y no por la identidad de quien las formula.

En cualquier caso, conservo en buena medida lo que fue el núcleo oral de esta indagación. Al respecto, quiero mencionar un detalle, que considero significativo: todos los demás ponentes del congreso eran reconocidos especialistas, particularmente versados en economía; y todos, excepto yo, explicaron la crisis con razones exclusivamente éticas. Mi intervención, por el contrario, igual que estas páginas, se centró en la naturaleza y propiedades del dinero.

¿Economía, entonces? No exactamente, pues mi condición de *outsider* me inhabilita para tal tipo de reflexiones. Más bien filosofía de las finanzas o, jugando con la denominación de mi especialidad —la *metafísica*, que no lleva consigo particular pericia en física positiva o experimental—, *metaeconomía*: análisis de los fundamentos de la economía.

En ese mismo dominio, que también cabría calificar como *antropología económica*, por cuanto estudia las relaciones entre la persona humana y las realidades pecuniarias, se encuadra el presente escrito.

Con él no aspiro a emitir un juicio definitivo, para el que no me considero capacitado. Pretendo, sí, lla-

mar la atención de los especialistas sobre algunos extremos que de ordinario no consideran. Y esto, con un único objetivo: iniciar un diálogo de más amplio alcance que los habituales, capaz de abrir el camino hacia respuestas también inéditas y de índole más radical y decisiva, imprescindibles no solo para superar el actual estado de cosas, sino para sacarle partido con vistas a una economía y un mundo más humanos.

2. LAS IDEAS CENTRALES

Como queda claro por lo expuesto hasta el momento, el punto de partida y el marco de mis reflexiones lo constituye la crisis económica en que nos vemos envueltos. Las preguntas que deseo suscitar en torno a ella, y el núcleo de sus respuestas, podrían expresarse, inicialmente y casi a vuelapluma, como sigue:

1. *¿Qué ha pasado en estos ya largos últimos meses en todo el mundo occidental?* Respondo: que por fin ha dado la cara, también en el plano económico, la hegemonía progresiva del dinero, que —como punta de lanza de una realidad más amplia y compleja, que intentaré sacar a la luz en este ensayo— configura nuestra civilización desde hace bastante tiempo.

2. *¿Por qué resulta tan atractivo el dinero?* Con palabras que de momento tal vez *no* se entiendan, y que componen uno de los focos teóricos de mis reflexiones, contestaría: porque, por su propia naturaleza, aunque en cierto modo en contra de ella¹, el

¹ Una paradoja que, en última instancia, radica en no distinguir entre el dinero *abstracto* y el *concreto*, o, si se prefiere, entre la esencia y el ser del dinero.

dinero encierra una inclinación muy notable a convertirse en un *absoluto*, en algo que vale por sí mismo y tiende a subordinar cualquier otro bien y a ser apreciado por encima de todo.

3. *¿Cuáles son las consecuencias del imperialismo a que acabo de referirme?* En primer término, la instrumentalización casi universalizada del trabajo humano; como consecuencia de ella, o como elemento concomitante o quizá como presupuesto, la prostitución, asimismo abundante, de la persona; al término, el *nihilismo* radical y la desazón consiguiente, vivenciada a menudo como vacío interior, como falta de sentido para la propia existencia.

4. *¿Es positivo que esto haya tenido lugar?* Pese a cuanto todos tenemos a la vista, incluido el hondo sufrimiento y aun la desesperación de tantas mujeres y varones y de tantas familias, la respuesta podría ser afirmativa: habida cuenta de que ya ha sucedido y de que no podemos cambiar el curso de los acontecimientos, vale la pena que hayamos llegado hasta donde estamos y que le saquemos partido.

— ¿De veras?

— Pienso que sí. Ya explicaré por qué.

I. CRISIS DE LA CRISIS

1. MULTIDIMENSIONAL

La preocupación más «preocupante»

Dicho en tono jocoso, pero con el intento de manifestar una convicción y un sentimiento personal profundo y madurado, en mi opinión, lo más real, alarmante y, sobre todo, significativo de la crisis es que preocupe tanto como preocupa a nuestros conciudadanos y a nosotros mismos, sobre todo a los que no vivimos en la absoluta pobreza, sino con cierta holgura económica.

No quiero en absoluto restar importancia a la coyuntura en que nos hallamos, que, por otro lado, ha ido agravándose progresivamente. Al contrario. De ahí las palabras que acabo de proferir, que, a mi parecer, centran el problema y apuntan ya el camino de una posible solución. Y es que esa inquietud inconsolable constituye un síntoma muy digno de tenerse en cuenta porque, al manifestar el modo como se relacionan con el dinero el hombre y el conjunto

de la sociedad, señala de manera bastante inequívoca el estado de la humanidad en los últimos decenios o incluso en los últimos siglos; y, por tanto, la realidad a la que debe atender prioritariamente este escrito: el *dinero*, en sus múltiples manifestaciones y modalidades, así como en su evolución histórica; pues parece ser él una de las claves del presente estado de cosas y, en particular, aquella que focaliza el interés de nuestros conciudadanos.

El núcleo de esta situación podría advertirse igualmente o de modo muy parecido a partir de otros factores, pero los motivos esbozados animan a analizarla desde el imperialismo de lo económico o, más bien, de las finanzas hipostasiadas y voluntariamente autárquicas¹; y, más en particular, del dinero mundo y lirondo, que diría un castizo, o, si se prefiere expresar en la jerga filosófica, del dinero como realidad *en sí y por sí*, absolutizada y hegemónica.

No solo crisis económica

Para subrayar, sin pretensiones de demostrarla, la desmesurada importancia otorgada al dinero, recuerdo que el mundo que nos acoge atraviesa desde hace

¹ Una opinión, entre muchas análogas, hoy universalmente admitidas: «La causa inmediata de la contracción económica de 2008-2009 era de índole financiera: para ser más exactos, un espasmo en el sistema crediticio precipitado por los crecientes impagos en una clase de deudas conocidas eufemísticamente como “hipotecas *subprime*”». Ferguson, Niall: *The Ascent of Money: A Financial History of the World*. New York: Penguin BOOKS, 2008, p. 9; tr. cast.: *El triunfo del dinero*. Barcelona: Debate, 2009, pp. 25-26. En la misma línea, entre multitud de escritos, cf. Reinhart, Carmen M.; Rogoff, Kenneth S.: *This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly*. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2009, p. 207.

muchos años una etapa de profunda crisis²; pero que solo en estos ultimísimos tiempos, cuando se ha manifestado también económicamente, los medios de comunicación, los políticos, los articulistas de más diverso corte, el ciudadano de a pie... se refieren sin cesar y con desasosiego creciente a la necesidad de poner remedio a *la* crisis, con artículo determinado y sin adjetivo, como si no pudiera darse más crisis que la económica o como si solo cuando afecta al bolsillo hubiera que tenerla en cuenta y declararla real y existente.

No es así, según ya he sugerido. Lo revelan multitud de testimonios. Quisiera comenzar destacando dos o tres que, por expresarlo de algún modo, recorren el camino inverso al que acabo de esbozar: es decir, van desde la percepción de la agudeza del desastre económico —un discernimiento progresivo, porque también los síntomas del descalabro han ido resultando cada vez más claros— hasta la declaración formal y bien meditada de una debacle mucho más amplia y honda.

a) Señalo, antes que nada, el primer gran libro dedicado de forma expresa y exhaustiva —y, pese a ello, bastante breve— a *la* crisis. En el prefacio a la segunda edición norteamericana, redactado en los comienzos de 2008, Morris asegura: «Las actuales operaciones de rescate perpetúan un concepto equi-

² La enumeración de filósofos y, en general, de pensadores y ensayistas que han llamado la atención sobre este estado, al menos desde finales del siglo XIX y principios del XX, sería casi interminable. Me limito a constatar el hecho, dejando para estudios más especializados, algunos ya publicados y otros aún inéditos, el análisis crítico de las distintas posiciones.

vocado muy común sobre la burbuja financiera referente a que tenemos un problema de *liquidez* más que un problema de *solvencia*»³.

Y explica de inmediato la diferencia entre ambos fenómenos, subrayando la notable mayor gravedad de lo que realmente ocurre —insolvencia— respecto a lo que se dice: falta de liquidez. Poco antes, había anticipado que no nos encontramos solo ante dificultades económicas ni exclusivas de uno o pocos países: «Todavía ahora, en el momento de escribir estas líneas, continúa la deprimente caída de los mercados de valores, y los mercados de crédito permanecen medio catatónicos. La gente se da cuenta finalmente de que, en el fondo, no se trata solo de un fenómeno bancario. Los problemas de América, y por consiguiente de todo el mundo, son mucho más profundos que esto»⁴.

Más adelante, por si quedara lugar a dudas, asegura que no será sencillo superar el punto muerto en que nos hallamos: «La triste realidad es que no hay una salida fácil. Durante casi una década, hemos tenido una falsa prosperidad basada en una enorme rueda de molino de dinero, que alimentaba la financiación de la deuda y hartaba de importaciones a los consumidores. La tasa de ahorro de los hogares ha caído a cero y el mundo está inundado de dólares.

³ MORRIS, Charles R.: *The Two Trillion Dollar Meltdown: Easy Money, High Rollers and the Great Credit Crash*. New York: Public Affairs, 2008, p. xvi; tr. cast.: *El gran crac del crédito: El dinero fácil, las estrellas de las finanzas y los productos tóxicos*. Barcelona: Valors Editions de España, 2009, pp. 16-17.

⁴ MORRIS, Charles R.: *The Two Trillion Dollar Meltdown...*, cit., p. xv; tr. cast., p. 16.

Los nuevos lagos de dólares de los esfuerzos de rescate de Paulson/Bernanke solo nos hundan más debajo del agua»⁵.

b) Tanto o más significativo resulta el testimonio de Posner. Tampoco él vacila en señalar, en el conjunto de la crisis y en las principales instituciones que le dieron origen, un indiscutible problema de insolvencia. Y sostiene, además, de manera enfática y reiterada, que nos encontramos ante una depresión, en el significado más riguroso que cabe dar al vocablo, y no ante una mera recesión: «En el momento en que escribo estas páginas han pasado más de dos años desde el comienzo de una recesión que, en otoño del 2008, tras la crisis financiera de mitad de septiembre, se transformó en depresión [...]. Esta depresión —la primera crisis económica realmente temible y amenazadora desde los tiempos de la Gran depresión de los años treinta—, ha tenido ya profundas consecuencias económicas, políticas, institucionales e intelectuales, que posiblemente todavía operen durante años. Tengo interés en subrayar que esta crisis económica debe ser llamada “depresión”. No solo es una cuestión de nombre, aunque no sea ahora el momento de explicarlo»⁶.

Pero hay más. Que yo sepa, Posner ha analizado honda y profusamente la crisis en dos libros, publicados a distancia de pocos meses. El primero lleva-

⁵ MORRIS, Charles R.: *The Two Trillion Dollar Meltdown...*, cit., p. xx; *tr. cast.*, p. 20.

⁶ POSNER, Richard A.: *The Crisis of Capitalist Democracy*. Cambridge, Massachusetts and London: Harvard University Press, 2010, p. 1. El autor dedica todo el capítulo 6 a mostrar que se trata de una depresión.

ba por título: *A Failure of Capitalism*⁷. Al segundo, que el autor considera una profundización del mismo fenómeno, lo llama, según acabo de señalar, *The Crisis of Capitalist Democracy*⁸. Y, aunque el lector puede sin duda calibrar lo que implica el cambio de denominación, me gustaría hacerlo aún más explícito con las palabras con que Rossi abre el prólogo de la traducción italiana del segundo ensayo: «Richard A. Posner, juez de la corte de apelación del Seventh Circuit y profesor de la facultad de derecho de la universidad de Chicago [...] ha llevado a término un acto de extraordinaria honradez intelectual, único en el panorama internacional de los economistas y juristas. En primer término, admitiendo que la crisis financiera y la consiguiente depresión ha sido sobre todo una crisis del capitalismo [...]; y ahora, con el presente volumen, profundizando en las relaciones entre política y economía, para concluir que la crisis afecta de lleno a la democracia capitalista y que antes y más que crisis económica es una crisis política»⁹.

c) Aludiré, por fin, a los autores de un denso escrito que el *Washington Post* ha declarado, «simplemente, el libro sobre las crisis financieras». Reinhart y Rogoff afirman, tajantes, que la que nos envuelve

⁷ POSNER, Richard A.: *A Failure of Capitalism: The Crisis of '08 and the Descent into Depression*. Cambridge, Massachusetts and London: Harvard University Press, 2009. También este primer ensayo comienza señalando que estamos ante una depresión, en su más estricto sentido; cf. p. vii.

⁸ POSNER, Richard A.: *The Crisis of Capitalist Democracy*, cit.

⁹ ROSSI, Guido: «Prefazione»; POSNER, Richard A.: *La crisi della democrazia capitalista*. Milano: EGEA S.p.A., 2010, p. VII.

«constituye la más grave crisis financiera global desde la Gran depresión».

Y añaden: «Esta crisis representa un momento de honda transformación en la historia de la economía global, una transformación cuyas consecuencias, con toda probabilidad, revolucionarán la política y la economía al menos durante una generación»¹⁰.

No solo crisis económica, por tanto, sino también política, con profundas y drásticas consecuencias «institucionales e intelectuales», y de alcance mundial, como señalan los textos citados. ¿Quiero esto decir que la disolución de la economía es *la causa* de las restantes disfunciones, de alcance más amplio y general? Aunque los párrafos transcritos pudieran dar pie a pensarlo, y aunque —en parte por constituir el dominio en el que son más competentes— los autores mencionados comienzan sus análisis en el ámbito de la economía y se centran fundamentalmente en ella, en ningún momento lo afirman de manera expresa.

Crisis global y muy honda

Dejo, pues, la cuestión en suspenso, para centrarme en la disfunción global y universal a la que vengo aludiendo. ¿Con qué objeto?

a) En primera instancia, mostrar la inmensa mole de denuncias sobre el estado deplorable de nuestra civilización, así como el dilatado tiempo en que se viene llamando la atención sobre el hecho, la diversidad de perspectivas desde las que se señala... y

¹⁰ REINHART, Carmen M.; ROGOFF, Kenneth S.: *This Time is Different, cit.*, p. 208.

la mínima o nula respuesta que han suscitado hasta hace muy poco.

b) Pero, sobre todo, para poner de relieve la identidad de fondo de todas las proclamas o, al menos, los factores comunes a bastantes de ellas, porque probablemente arrojen luz sobre la crisis económica propiamente dicha.

Desde tal punto de visto, lo primero que hay que subrayar es el carácter universal de la crisis, junto con la gravedad de la misma: algo que, al margen de su filiación ideológica, política o religiosa, comparten todos los autores a los que voy a referirme y muchísimos otros a los que podría aludir.

Por ejemplo, entre los contemporáneos *de derechas* con reconocimiento mundial, Juan Pablo II se refirió a menudo al presente como a una época de crisis innegable, entre otros, con los siguientes juicios: «¿Quién puede negar que la nuestra es una época de gran crisis, que se manifiesta ante todo como profunda “crisis de la verdad”? Crisis de la verdad significa, en primer lugar, crisis de los conceptos. Los términos “amor”, “libertad”, “entrega sincera” e incluso “persona”, “derechos de la persona”, ¿significan realmente lo que por su naturaleza contienen?¹¹»

En los mismos años, desde una perspectiva muy distinta y con connotaciones y modos de decir en buena medida opuestos —más bien *de izquierdas*, para entendernos—, Gorz apelaba también a una disfunción global honda, que afecta a la civilización actual y a su futuro: «La crisis es, de hecho, mucho más fundamental que una crisis económica y de so-

¹¹ JUAN PABLO II: *Carta a las familias*, 24-01-1994, núm. 13.

ciudad. Lo que se viene abajo es la utopía en la que, desde hace dos siglos, vivían las sociedades industriales. Y empleo el término utopía en el sentido que la filosofía contemporánea le da: la visión de futuro por la que una civilización determina sus proyectos, en la que funda sus fines ideales y sus esperanzas. Si una utopía se hunde, lo que entra en crisis es toda la circulación de los valores que regulan la dinámica social y el sentido de las prácticas. Es esta crisis la que nosotros vivimos»¹².

Hecatombe profunda y generalizada, por tanto: no solo crematística, sino con multitud de facetas y dimensiones considerables, entre las que la economía como tal desempeña un papel digno de tenerse en cuenta, también por el descalabro que puede provocar y nutrir en las restantes esferas.

Y, así, a finales del pasado siglo, el xx, en un contexto básicamente económico-laboral, pero sin abandonar la visión de conjunto de la persona humana, Rifkin anunciaba la probable crisis que se apuntaba en el horizonte, sobre todo americano, calificándola también como «depresión»: «La tercera revolución industrial fuerza una crisis económica de ámbito mundial de proporciones monumentales [...]. Al igual que ocurrió en la década de los años 20, nos hallamos peligrosamente cerca de una nueva gran depresión, mientras que ninguno de los actuales líderes mundiales quiere reconocer que existe la posibili-

¹² GORZ, André: *Métamorphoses du travail. Quête du sens: Critique de la raison économique*. Mayenne: Galilée, 1988, pp. 19-20; tr. cast.: *Metamorfosis del trabajo: Búsqueda del sentido: Crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema, 1995, p. 22.

dad de que la economía global se esté acercando, de forma inexorable, hacia un mercado laboral decreciente, con unas consecuencias para la civilización extremadamente peligrosas y preocupantes»¹³.

Bastantes decenios antes, desde una perspectiva en extremo peculiar y discutible, pero que no elimina el valor de sus afirmaciones, sostenía Guénon, volviendo de nuevo a la consideración global y universal y dilatándola en el tiempo: «Que se pueda hablar de una crisis del mundo moderno, tomando la palabra “crisis” en su acepción más común, es algo que ya muchos no ponen en duda, y, al menos en lo que a esto atañe, se ha producido un cambio apreciable: bajo la acción de los acontecimientos, algunas ilusiones comienzan a disiparse y, por nuestra parte, no podemos sino felicitarnos por ello, pues hay ahí, a pesar de todo, un síntoma favorable, el indicio de una posibilidad de enderezamiento de la mentalidad contemporánea, que aparece como un débil resplandor en medio del caos actual»¹⁴.

Por la misma época y con connotaciones similares, remontándose a un período particular del pasado, Simone Weil escribía que el segundo Renacimiento produjo «lo que llamamos nuestra civilización moderna». Y proseguía: «Estamos muy orgullosos de ella,

¹³ RIFKIN, Jeremy: *The end of work: The decline of the global force and the dawn of the post-market era*. New York: Putnam Berkeley Group, Inc., 1994, p. 88; tr. cast.: *El fin del trabajo: Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Barcelona: Paidós, 1996, p. 117.

¹⁴ GUÉNON, René: *La crise du monde moderne*. Paris: Gallimard, 1946, pp. 12-13; tr. cast.: *La crisis del mundo moderno*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2001, p. 8.

pero no ignoramos que está enferma. Y todo el mundo está de acuerdo en el diagnóstico de la enfermedad»¹⁵.

Más drástico, si cabe, y asimismo con pretensión de globalidad y de incidir en el núcleo mismo de la cuestión —en ese fundamento que pone en juego «todo» lo realmente relevante de nuestra cultura—, se muestra Robert Spaemann, algunas décadas después: «Quisiera defender la siguiente tesis: la civilización moderna representa para la dignidad humana una amenaza como nunca había existido anteriormente. Antiguas civilizaciones ignoraron la dignidad humana de hombres concretos o de grupos humanos. La civilización moderna ha conseguido extender la idea de unas condiciones mínimas e iguales para todos en lo que a los derechos se refiere. Pero esta civilización encierra, no obstante, una poderosa tendencia a la completa eliminación de la idea misma de dignidad»¹⁶.

2. ÍNDICE Y ORIGEN DE UNA CRISIS DE LA HUMANIDAD EN CUANTO TAL

Repito que estamos ante una cuestión abundantemente tratada en los últimos decenios, desde perspectivas muy dispares, y sobre la que ya me he pronunciado

¹⁵ WEIL, Simone: *L'enracinement*. Paris: Gallimard, 1949, pp. 376-377; tr. cast.: *Echar raíces*. Madrid: Trotta, 1996, p. 230. Me temo que el diagnóstico de Weil no sería realmente compartido por «todo el mundo».

¹⁶ SPAEMANN, Robert: *Das Natürliche und das Vernünftige: Aufsätze zur Anthropologie*. München: R. Piper GmbH & Co. KG, 1987, S. 101; tr. cast.: *Lo natural y lo racional*. Madrid: Rialp, 1989, pp. 117-118.

en otras ocasiones¹⁷. Aquí y ahora, antes de volver al hilo conductor que nos está guiando — la crisis financiera —, querría dejar constancia de dos o tres puntos básicos, que ayuden a calibrar la magnitud polifacética del panorama, sin la que es muy difícil entender, con hondura y plena propiedad, su urdimbre estrictamente económica.

No se trata, por tanto, de un análisis exhaustivo de la fisonomía de la crisis, que requeriría un extenso y hondo estudio *ad hoc*, sino de la exposición de aquellas circunstancias más pertinentes para comprender la depresión en que nos hallamos, contextualizarla adecuadamente y descubrir las vías que nos permitirían superarla.

Dilatada en el tiempo

De una parte, conviene insistir en que nos enfrentamos con una crisis no solo económica ni solo actual, sino bastante más amplia en el tiempo y en la pluralidad de sus raíces y manifestaciones. En semejante sentido, como ya hemos visto, muchos han hablado de crisis de la modernidad o de los tiempos modernos¹⁸, remontándola de ordinario, de manera

¹⁷ Me permito remitir a dos textos de muy desigual hondura y dificultad. Por un lado, en un ámbito filosófico estricto, Melendo, Tomás: *Entre moderno y postmoderno: Introducción a la metafísica del ser*. Pamplona: Cuadernos de Anuario filosófico, núm. 42, Facultad de Filosofía, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1997. En el extremo contrario, como tarea más bien divulgativa y asequible, cf. MELENDO, Tomás: «Soluciones para una cultura en crisis», en *Arbil*, núm. 111, <http://www.arbil.org/111solu.htm> (22 de mayo de 2010).

¹⁸ También aquí la lista sería interminable, e incluiría desde autores del todo consagrados, como Nietzsche, Kierkegaard, Hegel,

más emblemática que propia y estrictamente causal, hasta Descartes¹⁹.

Solo como botón de muestra, y para apuntalar los ya aducidos, valgan los testimonios de Guénon, Heidegger y Husserl, dotados de trasfondos muy diversos, pero de similar alcance.

Sostiene el primero: «Para nosotros, y situándonos en un punto de vista global, es toda la época moderna en su conjunto la que representa un período de crisis para el mundo; por otra parte, parece que nos acercamos al desenlace, y eso es lo que actualmente hace más evidente que nunca el carácter anormal de este estado de cosas que dura desde hace siglos, pero cuyas consecuencias nunca habían sido tan perceptibles como ahora»²⁰.

Heidegger, por su parte, en un contexto y con terminología más metafísicos, había puntualizado, en relación con el núcleo histórico-teorético al que también alude la cita que precede: «Descartes solo es superable a través de la superación de aquello que él mismo fundamentó, a través de la superación de

Heidegger o Lukács, hasta otros que han retomado el asunto de manera más directa y formal.

¹⁹ Otros, sobre todo en contextos de tipo laboral, técnico o económico, sitúan como cabeza de serie a Bacon, aunque de ordinario, como en el caso de Descartes, refiriéndose más a la «cristalización» privilegiada de un sentir común que a una acción propiamente personal de tipo eficiente. Cf., entre muchos, Mumford, Lewis: *Technics and Civilization*. Chicago & London: The University of Chicago Press, 19th ed., 2010 [1st ed., 1934; renewed 1962], p. 30; tr. cast.: *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza Editorial, 1971, p. 46.

²⁰ Guénon, René: *La crise...*, *cit.*, pp. 13-14; *tr. cast.*, p. 9.

la metafísica moderna o, lo que es lo mismo, de la metafísica occidental»²¹.

A su vez, en *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, enlazando la índole general y existencial de la crisis con su ya lejano inicio y con su cimiento filosófico y, desde tal punto de vista, anticipando también el pensamiento de los dos autores que acabo de citar, se lee: «Si consideramos los efectos de la evolución filosófica de las ideas sobre la humanidad entera (no solo sobre los directamente dedicados a la investigación filosófica), entonces tenemos que decir: “Solo la comprensión interna del movimiento —unitario, a pesar de todas sus contradicciones internas— de la filosofía moderna desde Descartes hasta el presente hace posible la comprensión de este mismo presente”»²².

Palabras todas que cabría reforzar con estas otras de Ratzinger, decididas y punzantes, muy aptas para cerrar el breve elenco de las que he transcrito, por cuanto resumen el alcance temporal de la crisis, la modernidad en toda su amplitud: «En este sentido, nuestro tema nos introduce en el drama de la modernidad en cuanto tal y en la crisis de hoy en

²¹ HEIDEGGER, Martin: *Die Zeit des Weltbildes*; in *Holzwege*. Frankfurt am Main: Vittorio Klosterman, 1984, S. 92; tr. cast.: *La época de la imagen del mundo*; en *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza editorial, 5ª reimpr., 2008, p. 81.

²² HUSSERL, Edmund: *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*. Husserliana VI, La Haya: M. Nijhoff, 1962, Beilage XX, S. 14; tr. cast.: *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Crítica, 1991, p. 15.

día, que es, a su vez, *la crisis de la conciencia moderna como tal*»²³.

Con hondas raíces teoréticas

— Vistas desde la filosofía

Asimismo, para la mayoría de los que la han estudiado, la crisis en cuestión presenta raíces muy profundas. Según Husserl, se trata de algo estrechamente ligado a la verdad, en su sentido más cabal y definitivo, que implica y compromete a la persona en su integridad: y, en semejante sentido, es más que cognoscitiva²⁴.

Al respecto, resulta tremendamente revelador el primer epígrafe que figura en la recolección de conferencias y apuntes que componen su célebre *Krisis*: «I. La crisis de las ciencias como expresión de la crisis *vital radical* de la humanidad europea»²⁵.

Allí, tras anunciar que, «partiendo de las quejas generales sobre la crisis de nuestra cultura y del pa-

²³ RATZINGER, Joseph: *Im Anfang schuf Gott: Vier Münchener Fastenpredigten über Schöpfung und Fall: Konsequenzen des Schöpfungsglaubens*. Einsiedeln. Freiburg i. Br.: Johannes Verlag, Zweite Auflage, 2005, S. 81; tr. cast.: *En el principio creó Dios*. Valencia: Edicep, 2ª ed., 2008, pp. 102-103. Las cursivas son mías.

²⁴ En efecto, pone en juego a la persona humana en la relación, para ella constitutiva, con la realidad en que se encuentra inmersa y a la que en cierto modo trasciende. En semejante sentido, estimo que la determinación más radical de la crisis que puede realizar la filosofía es la que apela, tras las huellas de Heidegger, al «olvido del ser». Me permito remitir, para ahondar en este extremo, a Melendo, Tomás: *Entre moderno y postmoderno*, ya citado.

²⁵ HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, cit., S. 1; tr. cast., p. 3.

pel atribuido a las ciencias en ella», tal vez «encontremos motivos para someter la cientificidad de todas las ciencias a *una crítica seria y muy necesaria*»²⁶, Husserl pone de relieve el daño capital que la atención privilegiada y casi excluyente a un tipo de ciencia disminuida y angosta ha infligido a la humanidad contemporánea: a saber, el olvido o el desprecio de *lo humano*, en su acepción más honda²⁷.

A lo que añade de inmediato la declaración del desencanto y malestar generalizados²⁸. Poco después apura el diagnóstico, centrándolo en la carencia intrínseca de un conocimiento que, en aras de una pulcritud metodológica establecida arbitrariamente, se niega a considerar ámbitos primordiales de lo real, como si estos no existieran²⁹.

Más adelante, remite la estrechez de esos saberes a la ausencia de anclaje propiamente filosófico o, si se prefiere utilizar sus propias palabras, al hecho de haberse *desgajado* por completo de los principios metafísicos, de los cimientos de la realidad, que son también los que hacen posible su comprensión: es decir, con términos que veremos repetirse también en otros autores, a una *desmembración* o *fragmentación* del conocimiento en cuanto tal, así como a su radical alejamiento de la vida vivida, de la que queda desvinculado³⁰.

²⁶ HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, cit., S. 3; tr. cast., p. 5. Las cursivas son de Husserl.

²⁷ Cf. HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, cit., S. 4; tr. cast., pp. 5-6.

²⁸ Cf. HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, cit., S. 4; tr. cast., p. 6.

²⁹ Cf. HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, cit., S. 5; tr. cast., pp. 6-7.

³⁰ Cf. HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, cit., S. 7-8; tr. cast., p. 9.

Y, tras sentenciar que «el positivismo decapita, por así decirlo, la filosofía»³¹, explica la perentoria necesidad de un saber orgánicamente jerarquizado, en el que la metafísica actúe como «reina de las ciencias» y confiera al resto de los conocimientos su sentido último³². Finalmente, concluye que la despótica prioridad de un método decidido caprichosamente y a priori ha hipotecado la universalidad del saber que con él se conquista, que ahora quedará limitado a «las ciencias positivas»³³.

—Refrendadas desde la ciencia

Se trata, pues, de la absolutización de las ciencias experimentales, *separadas* de cualquier otro tipo de saber. Una caracterización que incide sin duda sobre uno de los ejes de la economía vigente: su absoluta e intocable pretensión de constituirse y desenvolverse como una *ciencia exacta y matematizada*, en el sentido más estricto y casi mágico que en la actualidad se concede a esta expresión.

Al respecto, me interesa traer a colación el testimonio de un científico destacado, por los moti-

³¹ HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, *cit.*, S. 7-8; *tr. cast.*, p. 8.

³² Cf. HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, *cit.*, S. 8-9; *tr. cast.*, pp. 9-10.

³³ HUSSERL, Edmund: *Die Krisis...*, *cit.*, S. 9; *tr. cast.*, p. 10. Por la relevancia que presenta para el despliegue de nuestro estudio, conviene recordar que la economía es casi universalmente considerada como ciencia positiva o experimental y, en bastantes casos, como ciencia «exacta», siempre que se lleve a cabo con la pericia y el cuidado pertinentes. En función de lo que estamos viendo, no habría, pues, ningún motivo serio para dudar de ella; y, de hecho, solo unos cuantos excéntricos —entre los economistas y en el conjunto de los autores— se atreven a cuestionar *seriamente*, sin paliativos ni componendas, sus resultados.

vos que él mismo aduce. En el *Prefacio* a *Computer Power and Human Reason*, cuando explica el porqué de su decisión de estudiar y señalar los límites de la ciencia actual desde su posición de especialista en informática, Weizenbaum afirma: «En ningún momento dejé de ser consciente de que no hay nada que yo diga en estas páginas que no haya sido dicho por otros, y ciertamente con mayor propiedad. No obstante, como mis amigos me señalarían a menudo, parecía necesario repetir una y otra vez estos conceptos. Y según destacó Lewis Mumford, interesa a veces que un miembro de la comunidad científica diga algo que los humanistas han estado proclamando durante generaciones»³⁴.

Más adelante, manifiesta con lucidez el aspecto ambivalente de la ciencia contemporánea, a la que, sin descalificarla en absoluto, llega a conceptualizar como «droga» y «veneno»³⁵. Determina de inmediato la causa de la debilidad congénita y del peligro de este tipo de saber. Se trata de la equiparación entre el conocimiento humano, con toda la riqueza que encierra, y su mera expresión lógica o formal e incluso formalizada³⁶. Y resume con agudeza las consecuencias del «éxito» así alcanzado. Pues, en efecto, «la ciencia se ha convertido en la única forma legítima de comprensión de la sabiduría popular»³⁷, pero a un

³⁴ WEIZENBAUM, Joseph: *Computer Power and Human Reason: From Judgment to Calculation*. New York: W. H. Freeman and Company, 1976, p. x; tr. cast.: Madrid: Pirámide, 1978, p. 10.

³⁵ Cf. WEIZENBAUM, Joseph: *Computer Power...*, *cit.*, p. 13; tr. cast., p. 22.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ WEIZENBAUM, Joseph: *Computer Power...*, *cit.*, p. 16; tr. cast., p. 24.

precio tal vez excesivo: la descalificación de todos los demás modos de conocer³⁸.

Weizenbaum alude en el texto al arte y, en particular, a la literatura. Pero lo mismo cabría sostener de la filosofía o de la religión. Todo ello ha sido privado, en nuestro mundo, de cualquier función auténticamente cognoscitiva y, como consecuencia, carece de la «seriedad» imprescindible para influir de hecho en la vida humana³⁹.

Los ejemplos, aunque un tanto anticuados, no han perdido nada de su vigencia⁴⁰. Ni tampoco es inválida la conclusión: «La creencia en la ecuación racionalidad-logicidad ha corroído el poder profético del propio lenguaje. Somos capaces de contar, pero vamos olvidando rápidamente cómo decir lo que vale la pena contar y por qué»⁴¹.

Nos encontramos de nuevo ante la desorientación del hombre respecto a lo más fundamental de su existencia; ante algo ya esbozado, pero que vale la pena considerar con mayor detenimiento, siempre en el contexto de una mejor intelección de la crisis que nos envuelve.

Que fragmenta al ser humano

—Un saber y una vida desmembrados

Desde tal punto de vista, Husserl viene a coincidir con Schumacher y Guénon y, de forma distinta, con

³⁸ Ibid..

³⁹ Ibid..

⁴⁰ Ibid..

⁴¹ Ibid..

Gorz: también ellos hacen ver que en el corazón de la crisis hay que situar el desvanecimiento de la sabiduría, por *separación* e ignorancia de los principios; o, con otras palabras, la atención exclusiva a aspectos tangenciales de la realidad, omitiendo aquellos otros cuya consideración contribuye a la felicidad del ser humano.

Schumacher lo expone a través de una imagen, con la que abre su excelente y todavía refrescante *Guía para los perplejos*: igual que de los planos de Leningrado se eliminaron todas las iglesias abiertas al culto, los mapas de la vida que le han proporcionado a lo largo de su formación académica carecen de los referentes más relevantes para orientar la propia existencia⁴².

Gorz llega a la misma conclusión desde la perspectiva de la *racionalización* del trabajo, destacando al mismo tiempo un buen número de disfunciones existenciales, que apelan a la *disociación* entre el ámbito laboral y ese *mundo de la vida* que ya el último Husserl hiciera célebre.

En resumen: *a)* La especialización del trabajo ha puesto en juego inmensas moles de conocimiento. *b)* No obstante, la misma especialización ha originado que cada cual sepa casi todo de prácticamente nada. *c)* La consecuencia es que ese *saber*, arrancado del resto y de los principios, es incapaz de orientar la

⁴² Cf. SCHUMACHER, Ernst Fritz: *A Guide for the Perplexed*. London: The Estate of the late Dr. E. F. Schumacher, Abacus, 1992, (1st ed. 1977), p. 9. Traducción castellana: *Guía para los perplejos*. Madrid: Debate, 1981, pp. 11-12.

vida y ni siquiera puede llamarse propiamente saber o conocimiento. *d)* Todo lo anterior generó una dolorosa *fragmentación* en la existencia vivida, cuya inanidad ha pretendido encubrirse o superarse mediante manifestaciones típicamente contemporáneas, que, de nuevo, alimentan la cadencia caleidoscópica que la caracteriza⁴³.

No quiero de momento sino apuntar hasta qué extremos el que suele considerarse como primer gran teórico de la economía moderna —Adam Smith— situaba en la *división* del trabajo el motor y la causa principal de la prosperidad de un país. Sí me gustaría dejar constancia de que percibía semejante parcelación como necesaria y oportuna, incluso para el conocimiento que se distingue justamente por considerar el todo en cuanto todo, es decir, la filosofía primera o metafísica; esa, a la que hace unos momentos apelaba Husserl como elemento fundamental de todo saber capaz de dar sentido a la existencia humana, y que Smith equipara expresa y formalmente con cualquier otro tipo de conocimiento e incluso de actividad⁴⁴, disolviendo así, de un plumazo, distinciones sugerentes, fecundas y vigorosamente establecidas, al menos, desde Aristóteles: como, por acudir a la más célebre, la que diferencia el conocimiento teórico, el práctico (ético-político) y el técnico (artís-

⁴³ Cf. GORZ, André: *Métamorphoses du travail...*, cit., p. 117 ; tr. cast., pp. 123-124.

⁴⁴ Cf. SMITH, Adam: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Indianapolis – Cambridge: Hackett Publishing Company, 1993, p. 8; tr. cast.: *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza editorial, 3ª ed., 2011, pp. 40-41. Las cursivas son mías.

tico-artesanal o poyético), *pero* simultáneamente los une, de manera armónica y jerarquizada.

Para Smith, por el contrario, la especialización constituye el mayor logro de los tiempos en los que escribe, la clave del progreso humano. Es la sustancia misma y el gran hallazgo de «lo moderno», lo que permanece en medio de los aparentes cambios, como más adelante procuraré mostrar.

No extraña entonces que, siglos más tarde, Schumpeter, otro de los grandes de la economía, indicara que esta se había separado de los saberes a los que hasta poco antes estaba unida, sin perjuicio para ninguno de ellos. En efecto, aludiendo a la sociología-filosofía y a su relación con la ciencia económica, sostiene su radical e irremediable separación, añadiendo de inmediato que semejante división no es necesariamente negativa⁴⁵. Y arguye, de manera reveladora, que la tremenda ganancia de la especialización —incluso extremada— supera con creces cualquier perjuicio que la acompañe o derive de ella: «Desde luego que hasta el momento no habría acarreado ninguna ganancia *neta*, porque se habría dejado de ganar algo de la eficacia resultante de la especialización estricta o hasta estrecha»⁴⁶.

Si proseguimos la lectura, confirmaremos lo que este breve párrafo parece sugerir: que, no obstante la grandeza de sus planteamientos, el propio Schumpeter es en parte víctima de las pérdidas y desviaciones señaladas por Husserl. Lo manifiesta,

⁴⁵ Cf. SCHUMPETER, Joseph A.: *History...*, *cit.*, p. 27; *tr. cast.*, p. 63.

⁴⁶ SCHUMPETER, Joseph A.: *History...*, *cit.*, p. 27; *tr. cast.*, 63.

entre otros síntomas —refrendados por el conjunto del escrito—, su modo de interpretar la filosofía, que, en su opinión, nunca se habría constituido como saber universal y unitario, sino como mera «acumulación de ciencias»: un simple aglomerado más o menos informe, que «se descompuso en piezas varias cuando se impusieron las exigencias de la división del trabajo»⁴⁷.

¿Conclusión? Pese a las aparentes disensiones, encontramos en Schumpeter una interpretación sustancialmente acorde con la de Smith. Si no yerro, la economía se sitúa en el horizonte de un saber *fragmentado* y *fragmentador* y, por ende, parcial y abstracto, con las consecuencias negativas que esto lleva consigo, entre las que ocupa un lugar muy destacado la pérdida de unidad del hombre, reducido a algunas de sus dimensiones y no precisamente las superiores: con lo que, pese a que durante decenios la economía se haya arrogado la capacidad de proporcionar la dicha universal, de hecho resulta incapaz de mostrar los caminos que conducen hacia la perfección y la consecuente felicidad⁴⁸.

Hipótesis que resulta confirmada por un incitante trabajo de Zamagni, cuyo párrafo más significativo manifiesta la peculiaridad del actual reduccionismo *antropológico-económico*: «Lo que últimamente se encuentra en el origen del reduccionismo económico no es tanto el compromiso de comportamiento au-

⁴⁷ SCHUMPETER, Joseph A.: *History...*, *cit.*, p. 29; *tr. cast.*, 65.

⁴⁸ Cf. INGHAM, Geoffrey: *Capitalism*. Cambridge – Malden: Polity Press, 2008 and 2011, p. 2; *tr. cast.*: *Capitalismo*. Madrid: Alianza editorial, 2010, p. 10.

tointeresado por parte del sujeto económico ni tampoco el uso predominante, en la elaboración teórica, del paradigma de la racionalidad instrumental. Más bien, el verdadero factor limitador está en el empleo, a menudo acrítico, del individualismo axiológico, es decir, de la concepción filosófica según la cual en la base del actuar económico existiría un individuo que no tendría otras determinaciones que las —bien conocidas— del *homo oeconomicus*»⁴⁹.

Es decir, de ese nuevo espécimen de ser humano que Mumford califica como «una abstracción ambulante», una «criatura del racionalismo puro», que lo sacrifica todo a la obtención de poder y dinero⁵⁰.

—Desgajados de sus principios vitales y cognoscitivos.

Intentemos, entonces, desde la perspectiva fundamentalmente teórica que de momento estamos adoptando, desandar lo andado, aunque todavía sin pretensiones de ahondar hasta el núcleo de la cuestión, sino apelando a manifestaciones más fácilmente inteligibles para el lector no especialmente

⁴⁹ ZAMAGNI, Stefano: *Heterogeneidad motivacional y comportamiento económico: La perspectiva de la economía civil*. Madrid: Unión editorial, 2006, pp. 8-9.

⁵⁰ Encontramos la descripción del *Homo oeconomicus* en el apartado 7 del capítulo 4 de *Technics & Civilization*, denominado significativamente “La degradación del trabajador”, pero que alcanza igualmente a los capitalistas, dadores de trabajo. Cf. MUMFORD, LEWIS: *Technics and Civilization*, cit., p. 177; tr. cast., p. 196. Ver también el apartado IV del capítulo III de ELLUL, Jacques: *La technique ou l'enjeu du siècle*. Paris: Calmann-Lévy, 2e ed., 1960 [1e ed., 1954], Paris: Economica, 1990 [réimpr. 2008], titulado precisamente *L'homme économique*.

versado. Por ejemplo, a lo que sostiene Schumacher, de nuevo con imagen gráfica, al hablar de la sustitución de la «ciencia para comprender» (*science for understanding*) por la «ciencia para manipular» (*science for manipulation*), acercándose de este modo al planteamiento de Gorz y al más amplio de Husserl.

Así resume la situación, en tres pasos o etapas, que en cierto modo se entreveran y realimentan recíprocamente.

a) Primero, el modelo matemático, apto para manipular las realidades, disminuye por fuerza el ámbito del conocimiento humano, refiriéndolo en exclusiva a los estratos más bajos y antropológicamente más irrelevantes de lo existente, los únicos que pueden cuantificarse⁵¹.

b) El resultado de esa mutación es que el hombre, en lugar de *liberarse* a través del conocimiento, al descubrirse no plenamente sometido a las leyes materiales, tiende a *esclavizar* el mundo en su propio provecho⁵².

c) Por desgracia, el proceso subyugador no puede detenerse en la esfera de lo infrahumano, sino que llegará a hacer del propio hombre —en cualquiera de sus circunstancias— objeto de manipulación. Mientras se mantenga la exclusividad de esta modalidad de saber, los seres humanos más débiles acabarán

⁵¹ Cf. SCHUMACHER, Ernst Fritz: *A Guide...*, *cit.*, p. 65; *tr. cast.*, pp. 81-82.

⁵² Cf. SCHUMACHER, Ernst Fritz: *A Guide...*, *cit.*, pp. 65-66; *tr. cast.*, p. 82.

transformados en *material* a disposición de los más fuertes, de manera prácticamente ineludible: «En una nueva etapa, la “ciencia para manipular” tiende a avanzar, de modo casi inevitable, desde la manipulación de la naturaleza a la de la gente»⁵³.

La consecuencia última es, como diría Del Noce, una suerte de *heterogénesis de los fines*: el hombre, que pretende someter al mundo, resulta él mismo esclavizado.

En este sentido, por anticipar proféticamente lo que hoy estamos viviendo, se muestra paradigmática la pequeña pero sustanciosa obra de Lewis: *The Abolition of Man*. En ella explica que lo «que llamamos el poder del Hombre sobre la Naturaleza se revela como un poder ejercido por algunos hombres sobre otros con la Naturaleza como instrumento»⁵⁴.

Agrega que la envergadura de lo que está en juego solo se percibe en una visión diacrónica, que tenga en cuenta el conjunto de la humanidad;⁵⁵ pues, entonces, «si se cumple el sueño de ciertos científicos planificadores», la conquista de la naturaleza «resultará ser el proyecto de algunos cientos de hombres sobre miles de millones de ellos»⁵⁶.

Y concluye: «El peldaño final se alcanza cuando mediante la eugenesia, mediante la manipulación

⁵³ SCHUMACHER, Ernst Fritz: *A Guide...*, cit., p. 66; tr. cast., p. 82.

⁵⁴ LEWIS, Clive Staples: *The Abolition of Man*. New York: Harper Collins Paperback, 2001 (1st ed., 1944), p. 55; tr. cast.: *La abolición del hombre*. Madrid: Encuentro, 1970, p. 57.

⁵⁵ Cf. LEWIS, Clive Staples: *The Abolition...*, cit., p. 56; tr. cast., p. 58.

⁵⁶ LEWIS, Clive Staples: *The Abolition...*, cit., p. 58; tr. cast., p. 59.

prenatal y mediante una educación y una propaganda basadas en una perfecta psicología aplicada, el Hombre logra un completo control sobre sí mismo. La naturaleza *humana* será el último eslabón de la Naturaleza que capitulará ante el Hombre»⁵⁷.

Grave, pero silenciada

En esas estamos. Cuanto he esbozado, expuesto adrede sin pretensiones de exactitud ni integridad, ha traído consigo —como podía preverse y las mentes más lúcidas habían anticipado— daños múltiples y devastadores, cada vez más universales, patentes y admitidos.

Entre los síntomas más reveladores se cuentan «nuevas formas de malestar mental», que aumentan a su vez «el sentido de soledad, minando e incluso destruyendo las tradicionales formas de cohesión social, comenzando por la institución de la familia, y marginando a los enfermos, de modo especial a los mentales, considerados a menudo como un peso para la familia y para la comunidad»⁵⁸.

En definitiva, si echamos una mirada en torno nuestro, advertimos que el mundo está dominado por los temores e incertidumbres: «El miedo se ha convertido, principalmente en los países modernos y desarrollados, en un estado de ánimo dominante: miedo de lo que los hombres pueden hacerse a sí mismos y al mundo, miedo al sinsentido, al vacío de

⁵⁷ LEWIS, Clive Staples: *The Abolition...*, *cit.*, p. 59; *tr. cast.*, p. 60.

⁵⁸ BENEDICTO XVI: *Enseñanzas...*, *cit.*, p. 201.

la vida humana, miedo al futuro, miedo a fenómenos publicitarios como una eventual sobrepoblación, catástrofes, guerras, y principalmente a la propia enfermedad. Miedo, en resumidas cuentas, a la dimensión imprevisible de la vida y a una esfera intangible del mundo que se hace oscura [...] y pasa a ser el resultado de un juego de azar o de las capacidades que ostente el más fuerte»⁵⁹.

Aunque los testimonios podrían multiplicarse, lo apuntado hasta el momento basta para plantear una pregunta clave, que nos devuelve al centro del problema:

— Si, como parece claro, desde hace tiempo atravesamos una tremenda crisis humana, fuente de profunda infelicidad, ¿por qué casi nadie —excepto algunos filósofos trasnochados— se ocupó seriamente de ella, buscándole una salida?⁶⁰

La respuesta un tanto cínica, pero realista y reveladora, es la que anticipé: porque, al menos en apariencia, no afectaba al poder adquisitivo. Sin embargo, se trataba de una crisis más profunda y peligrosa, más alarmante y dilatada que la actual: ya que esta constituye, por decirlo así, una sola de sus fases o mani-

⁵⁹ ANTÚNEZ ALDUNATE, Jaime: *Crónicas de las ideas: En busca del rumbo perdido*. Madrid: Encuentro, 2001, p. 12.

⁶⁰ Estimo imprescindible resaltar ese *casi*, puesto que, lógicamente, ha habido estudiosos que han señalado la inmediatez de una muy probable crisis y los medios necesarios para evitarla. Pero, en general, como documenta Ingham, los «observadores que advirtieron que el sistema económico estaba incubando una grave crisis [...] no formaban parte de la élite del poder de los banqueros de inversión, los funcionarios del Tesoro y los economistas ortodoxos que creían en el mecanismo de autocorrección del mercado». INGHAM, Geoffrey: *Capitalism, cit.*, p. 253; *tr. cast.*, p. 299.

festaciones —*una crisis en la crisis*—, a la que, no obstante, se ha concedido más importancia y atención que al conjunto de los restantes déficits.

3. CAUSA Y CON-CAUSAS: ALIANZAS MUTUAS

Metafísica concreta

En semejante contexto, muchos han hablado de la debacle económica actual como consecuencia *directa* o como *efecto* de la más amplia crisis o confusión de valores. Opino que no estamos ante algo tan sencillo y es este extremo el que me gustaría poner de relieve a lo largo de mi exposición. A saber, que la hecatombe económica no es solo consecuencia —lo que supone o implica otro modo de fragmentación o disgregación unilateral: causas por un lado, efectos por otro—, sino también parte integrante y *causa* del desconcierto y la confusión generales⁶¹.

Dicho de otro modo, y acudiendo a la terminología de algunos de mis amigos filósofos, la ruina económica constituiría una con-causa, algo que, juntamente con otros factores, ha producido la crisis más radical en que nos encontramos. Pero no solo sería una causa o con-causa; sino también una co-

⁶¹ Es la tesis central del trabajo de Gorz varias veces mencionado, que se remonta a su vez, entre otros, a Habermas y a la escuela de Frankfurt. Y, también, la de BRUCKNER, Pascal: *Misère de la prospérité: La religion marchande et ses ennemis*. Paris: Éditions Grasset & Fasquelle, 2002, p. 24; tr. cast.: *Miseria de la prosperidad: La religión del mercado y sus enemigos*. Barcelona: Tusquets, 2003, p. 25.

consecuencia, junto con otras muchas; un co-componente, al lado de otros; un co-síntoma igual que tantos más; y todo lo que quieran añadir o co-añadir... y co-etcétera.

Hablar en términos de simple causa y efecto, como si se tratara de un proceso lineal de un solo sentido, es una abstracción. Y, aunque ninguno de los lectores lo crea, y por eso quiero subrayarlo expresamente, solo a los filósofos —más aún, a los metafísicos— nos está vedado el lujo de abstraer. De ahí la necesidad —para comprender y superar la crisis— de una nueva metaeconomía, estrecha y forzosamente ligada a una genuina y hasta cierto punto inédita metafísica, que verse sobre lo real-concreto, tal como indica escueta y claramente —aun cuando muchos se empeñen en desconocerlo o negarlo— la más clásica y célebre descripción del tema de la filosofía primera: el ente en cuanto ente, lo que es tal y como realmente es⁶².

Consciente de que la reivindicación de la metafísica como saber real y profundo de lo concreto y singular resulta muy controvertida, aduzco, entre los varios posibles, un testimonio suficientemente claro y autorizado. En una conferencia pronunciada en Madrid, en 1916, explicaba Bergson: «La filosofía no es un edificio formado por abstracciones, ni debe serlo. La filosofía no es un estudio abstracto: nada es menos abstracto que la filosofía. Incluso diría que, entre todas las ciencias, es la única que verdadera-

⁶² A este respecto, me animo a sugerir la lectura de MELENDO, Tomás: *Metafísica de lo concreto*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2ª ed., 2009.

mente no es abstracta. Cualquier ciencia considera un aspecto de la realidad, o sea, una abstracción... En cambio, la ciencia que estudia la realidad concreta y completa, la ciencia que se esfuerza por contemplar la realidad íntegra en su desnudez, sin velos que la cubran, esta ciencia se llama filosofía»⁶³.

Lo expongo ahora en primera persona: solo a nosotros, los metafísicos, incumbe el deber ineludible de atenernos a lo singular y concreto, de considerar siempre el todo y cada uno de sus integrantes, en sus relaciones mutuas y sin dejar de lado nada. Y, además, hemos de intentar expresarlo en un lenguaje medianamente comprensible para el hombre de la calle, en la medida en que lo permitan nuestra inteligencia y nuestras explicaderas, así como las entendaderas ajenas.

Por eso, sin apenas proponérselo, el metafísico de raza —como gustaba decir al Prof. Rodríguez Rosado— sitúa y advierte cada suceso en el conjunto global de realidades en que tiene lugar y con el que se encuentra conectado. Y por eso el hecho al que he aludido —el que solo ahora, cuando la economía se ha visto claramente afectada, hablemos y nos preocupemos de *la crisis*— manifiesta a las claras uno de los síntomas más significativos de una serie de graves disfunciones, que basculan en gran parte, cristalizan y se alimentan por un modo de pensar irreal y abstracto, que arroja como saldo ineludible —por las peculiares características de nuestra civilización— la primacía de lo económico desquiciado, el predomi-

⁶³ Citado por ARTIGAS, Mariano: *Ciencia y fe: nuevas perspectivas*. Pamplona: EUNSA, 1992, p. 134.

nio aplastante del dinero. Pues, en realidad, con independencia más o menos palpable de lo que luego afirmemos e incluso sinceramente creamos cada uno, la carencia de dinero es lo que mueve en estos momentos a la mayoría de nuestros contemporáneos, lo que transforma *la* crisis en un problema punzante y recurrente para el que se buscan soluciones, lo que nos llevó hace meses a debatir sobre ella nada menos que en una mañana de sábado... ¡en Andalucía!

En consecuencia, solo si todos —generalistas y especialistas— nos esforzamos por pensar y conocer concretamente, si estamos atentos a las alianzas que sin determinismos, mediando siempre la libertad humana, ciertas realidades tienden poderosamente a establecer entre sí, y a aquellas otras de las que por naturaleza se separan, seremos capaces de descubrir y calibrar los factores que componen o descomponen nuestra civilización, lo mismo que —con las peculiaridades del caso— cualquiera de las que ha existido y existirán.

Con una ciencia real

Para apuntalar esta tesis, me gustaría añadir las consideraciones de un clásico en la materia, que permiten hacerse una idea más rica y documentada del conjunto.

En su *Technics and Civilization*, tras exponer el éxito aparejado a la implantación universal de la denominada «ciencia moderna» o «ciencia exacta», Mumford manifiesta la ambigüedad inherente a esas conquistas o, si se prefiere denominar así, hace constar *también* sus efectos negativos.

En apretado resumen, como ya sostenía Husserl, estamos ante la pérdida de «lo humano», en su acepción más rica y plena: «Pero con este progreso en precisión, llegó una deformación de la experiencia en conjunto. Los instrumentos de la ciencia eran inútiles en el reino de las cualidades. Lo cualitativo se redujo a lo subjetivo: lo subjetivo fue desechado como irreal, y lo no visto y no medible como inexistente. La intuición y el sentimiento no afectaban al proceso mecánico ni a las explicaciones mecánicas. Mucho pudo ser realizado por la nueva ciencia y la nueva técnica porque mucho de lo que estaba asociado con la vida y el trabajo en el pasado —arte, poesía, ritmo orgánico, fantasía— fue eliminado intencionadamente. Al crecer en importancia el mundo exterior de la percepción, el mundo interno del sentimiento se hizo cada vez más impotente»⁶⁴.

Algo similar llevó consigo la división del trabajo, estrechamente aparejada a la nueva ciencia: «La división del trabajo y la especialización en partes simples de una operación, que había empezado ya a caracterizar la vida económica del siglo XVII, prevalecieron en el mundo del pensamiento: eran expresiones del mismo deseo de precisión mecánica y de resultados rápidos. El campo de investigación fue progresivamente dividido, y pequeñas partes del mismo fueron objeto de intenso examen: en pequeñas cantidades, por así decirlo, la verdad podría ser perfecta. Esta restricción era un gran artificio prácti-

⁶⁴ MUMFORD, Lewis: *Technics and Civilization*, cit., p. 49; tr. cast., p. 64.

co. [...]. La selectividad es una operación adoptada necesariamente por el organismo para no verse abrumado por sensaciones y comprensiones que no vienen al caso. La ciencia concedió a esta selectividad inevitable un nuevo fundamento: distinguió la serie de relaciones más utilizable, masa, peso, número, movimiento»⁶⁵.

Expone después Mumford, con cierto detalle, las consecuencias de todo lo anterior para el estricto ámbito del conocimiento de la verdad —de la realidad tal como *es*—, del que hemos partido en nuestras consideraciones: «Por desgracia, el aislamiento y la abstracción, si bien son importantes en una investigación ordenada y en una representación simbólica refinada, son igualmente condiciones en las que mueren los organismos reales, o por lo menos dejan de funcionar efectivamente. La exclusión de la experiencia en su conjunto original, además de suprimir las imágenes y rebajar los aspectos no instrumentales del pensamiento, tuvo otro resultado grave: positivamente, era una creencia en lo muerto; pues los procesos vitales escapan a menudo a la atenta observación en tanto el organismo está vivo. En resumen, la precisión y la simplicidad de la ciencia, aunque responsables de sus colosales logros prácticos, no eran una manera de enfocar la realidad objetiva, sino de apartarse de ella»⁶⁶.

⁶⁵ MUMFORD, Lewis: *Technics and Civilization*, cit., pp. 49-50; tr. cast., pp. 64-65.

⁶⁶ MUMFORD, Lewis: *Technics and Civilization*, cit., pp. 50-51; tr. cast., p. 65.

Y concluye, con rotunda plasticidad, apelando a lo que he denominado «economicismo» o triunfo del comercio y cuanto lleva consigo: «Confinando sus operaciones a aquellos aspectos de la realidad que tenían, por decirlo así, valor comercial, y aislando y desmembrando el cuerpo de experiencia, el físico científico creó un hábito de pensamiento favorable a distintas invenciones prácticas: al mismo tiempo era sumamente desfavorable a todas aquellas formas de arte para las que las cualidades secundarias y los receptores y motivadores del artista eran de importancia fundamental. Gracias a sus sólidos principios y a su método real de investigación, el físico científico despojó el mundo de sus objetos naturales y orgánicos y volvió la espalda a la verdadera experiencia: sustituyó el cuerpo y la sangre de la realidad por un esqueleto de abstracciones efectivas que él podía manipular con los hilos y las poleas adecuados»⁶⁷.

Abusando de la paciencia del lector, pero asegurándole que es sumamente conveniente para *comprender la crisis*, querría añadir, al que acabo de transcribir, otro par de testimonios autorizados.

Weizenbaum

En la estela abierta por el propio Mumford, Weizenbaum resume tajante: «La ciencia solo puede proceder simplificando la realidad. El primer paso, en esta simplificación, es la abstracción.

⁶⁷ MUMFORD, Lewis: *Technics and Civilization*, cit., p. 51; tr. cast., p. 65.

Y abstracción significa dejar aparte todos aquellos datos empíricos que no se ajustan al marco conceptual específico dentro del cual actúa circunstancialmente la ciencia, lo que, en otras palabras, quiere decir que no están iluminados por la luz de la lámpara bajo la que la ciencia está buscando las llaves»⁶⁸.

Como el lector habrá supuesto, las últimas palabras de la cita aluden al apólogo, presente de un modo u otro en las distintas culturas, de la persona que busca un objeto perdido en el lugar mejor iluminado, aunque no guarde relación alguna con aquel en el que sabe que lo extravió⁶⁹. Lo que ya no es tan común es la aplicación a la ciencia que lleva a cabo Weizenbaum. En su opinión, no se le debe reprochar que limite su campo de indagación, puesto que para ver algo es preciso que haya luz. E incluso añade que, dentro de ese ámbito, como respuesta al empeño del que investiga, puede surgir un nuevo foco de iluminación antes inexistente.

Pero pone dos condiciones al científico: *a)* la conciencia de que el campo que él abarca es limitado; *b)* la consideración constante de que, a causa del foco que utiliza, está dejando a oscuras otros aspectos de la realidad, que no obstante ha de saber que son reales... y que pueden ser alumbrados por fuentes de energía distintas de la suya⁷⁰.

⁶⁸ WEIZENBAUM, Joseph: *Computer Power...*, cit., p. 127; tr. cast., p. 111.

⁶⁹ Cf. WEIZENBAUM, Joseph: *Computer Power...*, cit., p. 127; tr. cast., p. 111.

⁷⁰ Cf. WEIZENBAUM, Joseph: *Computer Power...*, cit., p. 127; tr. cast., pp. 111-112.

Huxley

De hecho, no son muchos los que cumplen con tales requisitos. Y ese modo de proceder influye profundamente en la conciencia de los no científicos, como antes ya vimos y como explica, a su vez, Huxley. En opinión de este último, desde el punto de vista pragmático, se justifica que los científicos «procedan en esa forma tan caprichosa y arbitraria; porque al concentrarse exclusivamente en los aspectos mensurables de los elementos de la experiencia que pueden ser explicados en términos de un sistema causal, han podido conquistar un dominio creciente sobre las energías de la naturaleza»⁷¹.

A lo que añade de inmediato una observación fundamentalísima: «Pero el poder no es lo mismo que la visión deseable de la realidad y, como representación de esa realidad, el marco científico del mundo es inadecuado por la sencilla razón de que la ciencia ni siquiera pretende habérselas con la experiencia como conjunto, sino solo con ciertos aspectos de ella y en ciertos contextos»⁷².

Y distingue: «Todo esto lo entienden claramente los hombres de ciencia dotados de espíritu más filosófico. Pero, por desgracia, algunos científicos, muchos técnicos y la mayoría de los consumidores de sus invenciones carecen del tiempo y de la inclinación para examinar las bases y condiciones filosóficas

⁷¹ HUXLEY, Aldous: *Science, Liberty and Peace*. London: Chatto & Windus, 1947, p. 28; tr. cast.: *Ciencia, libertad y paz*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2ª ed., 1952 (1ª ed., 1947), p. 51.

⁷² HUXLEY, Aldous: *Science...*, *cit.*, pp. 28-29; tr. cast., pp. 51-52. He retocado levemente la traducción.

de las ciencias. En consecuencia, tienden a aceptar la descripción del mundo implícita en las teorías científicas, como una explicación completa y exhaustiva de la realidad, tienden a considerar aquellos aspectos de la experiencia que los científicos, no sintiéndose competentes para ello, no toman en consideración, como algo menos real que los otros aspectos que la ciencia arbitrariamente decide abstraer de entre la infinitamente rica variedad de hechos dados»⁷³.

*Y una economía también concreta
y contextualizada*

Por contraste con lo expuesto en los apartados precedentes, si queremos preservar la realidad y preservarnos en su interior, puede y debe asumirse como lema de *cualquier saber* que se precie y aspire a ser eficaz —incluida la economía, que sin duda lo pretende— la afirmación hegeliana de que «la verdad es el todo»⁷⁴: un todo que, en efecto, aunque por motivos distintos a los que operan en Hegel, solo puede comprenderse desde una perspectiva diacrónica, tomando en cuenta sus antecedentes.

A ese carácter globalmente humano de los «puros» hechos «económicos», pese a las comunes afirmaciones en contra de sus detractores, se atuvo con bastante fidelidad el propio Marx⁷⁵. De ahí la certera

⁷³ HUXLEY, Aldous: *Science...*, cit., p. 29, tr. cast., p. 52.

⁷⁴ HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich: *Phänomenologie des Geistes*, hrsg. J. Hoffmeister, Hamburg, 1952, S. 21.

⁷⁵ Me estoy refiriendo exclusivamente al intento de considerar cada realidad en el conjunto del que forma parte. Por el contrario, nadie negaría las muchas abstracciones a las que recurre expresa y

y profunda declaración de Schumpeter, quien, tras sostener que para cualquier doctrina o autor el todo es más que la suma de las partes, agrega: «Pero solo en el caso de Marx la pérdida que sufrimos al pasar por alto esa circunstancia es de importancia vital, porque la totalidad de su visión, en cuanto totalidad, se impone en cada detalle y es precisamente la fuente del atractivo intelectual que Marx ejerce sobre todo aquel que estudia su obra, amigo o enemigo»⁷⁶.

Señala de inmediato que la labor de Marx como sociólogo y economista se entremezcla con su actividad como ideólogo, político y agitador, de manera tan inextricable que «es posible formularse la cuestión de si se le puede considerar como analista», a lo que cabe responder negativamente, como de hecho ha ocurrido. Pero manifiesta su neto desacuerdo al respecto, en una serie de juicios que considero claves: «En cambio, mi respuesta a la cuestión es afirmativa. El fundamento de esa respuesta afirmativa se encuentra en la proposición de que el grueso de la obra de Marx es analítico por causa de su naturaleza lógica, pues consiste en la afirmación de relaciones entre hechos sociales»⁷⁷.

Relación, por tanto, entre hechos aparentemente diversos, pero ligados por una corriente común más o menos subterránea —un fundamento—, sin cuyo

formalmente Marx: por ejemplo, en su célebre inferencia del valor, de su modalidad fenoménica y del dinero.

⁷⁶ SCHUMPETER, Joseph A., *History...*, *cit.*, p. 384; *tr. cast.*, pp. 438-439.

⁷⁷ SCHUMPETER, Joseph A., *Historia...*, *cit.*, p. 385; *tr. cast.*, p. 439.

hallazgo y consideración detenida no pueden conocerse como realmente son⁷⁸.

A esa misma índole global —y también concreta— de los «datos» económicos, centrándose en uno de ellos, apelaba Canetti, con la eficacia añadida de la expresión literaria y casi poética: «Una inflación es un fenómeno de masa en el sentido más propio y restringido de la palabra. El efecto perturbador que ejerce sobre la población de países enteros en ningún caso se halla limitado al momento de la inflación misma. Puede afirmarse que en nuestras civilizaciones modernas, fuera de guerras y revoluciones, no hay nada que en su envergadura sea comparable a las inflaciones. Las conmociones que provoca son de naturaleza tan profunda que se prefiere ocultarlas y olvidarlas»⁷⁹. Sacudas profundas que conviene sacar a la luz y que manifestarán la relación entre los hechos aparentemente solo económicos y la imagen que el hombre tiene de sí mismo y en torno a la cual gira su entera cosmovisión: «Puede designarse la inflación como un aquelarre de la devaluación [*als einen Hexensabbat der Entwertung*], en que hombres y unidad monetaria confluyen de la manera más extraña. Uno está en lugar de lo otro, el hombre se siente tan mal como el dinero que se pone cada vez más malo; y todos juntos se hallan entregados a este

⁷⁸ A este respecto, la caracterización del análisis marxiano como «lógica», no me parece la más adecuada, aunque sí el significado al que ese término apunta.

⁷⁹ CANETTI, Elías: *Masse und Macht*. Frankfurt am Main: Fisher Taschenbuch Verlag, 1980, S. 202; tr. cast.: *Masa y poder*. Barcelona: Debolsillo, 3ª ed., 2011, p. 292.

mal dinero y también *juntos* se sienten igualmente sin valor»⁸⁰.

La economía es de hecho mucho más que economía⁸¹. Lo subraya también Ferguson, con formulaciones de igual o mayor alcance que las de Canetti: «La mera teoría monetaria no puede explicar por qué en un determinado país el proceso inflacionario va mucho más allá o avanza más rápido que en otro. Ni tampoco puede explicar por qué las consecuencias de la inflación varían tanto de un caso a otro»⁸².

Poco más adelante, sentencia: «Como decía Milton Friedman, la inflación es un fenómeno monetario. Pero la hiperinflación es siempre y en todas partes un fenómeno *político*, en el sentido de que no puede producirse sin una disfunción fundamental de la economía política de un país»⁸³.

Y algunas páginas después, Ferguson recuerda un caso paradigmático: «Para entender el declive económico de Argentina hace falta, una vez más, ser conscientes de que la inflación es un fenómeno político tanto como monetario. [...] Lo que hizo imposible controlar la inflación argentina no fue la guerra, sino una constelación de fuerzas sociales: la oligarquía, los caudillos militares, los grupos de presión de los productores y los sindicatos, sin olvidar a la empobrecida clase marginada de los “descamisados”. Por decirlo de manera sencilla, no hubo ningún grupo significativo al que le interesara la es-

⁸⁰ CANETTI, Elías: *Masse...*, *cit.*, S. 205-206; *tr. cast.*, p. 296.

⁸¹ Cf. CANETTI, Elías: *Masse...*, *cit.*, S. 206; *tr. cast.*, p. 296.

⁸² FERGUSON, Niall: *The Ascent...*, *cit.*, p. 102; *tr. cast.*, p. 117.

⁸³ FERGUSON, Niall: *The Ascent...*, *cit.*, p. 105; *tr. cast.*, p. 120.

tabilidad de los precios. Quienes poseían el capital se sentían atraídos por el déficit y la devaluación; quienes vendían su trabajo estaban acostumbrados a la espiral de salarios y precios. El paso gradual de financiar los déficits del Estado en el ámbito nacional a financiarlos en el ámbito extranjero se tradujo en una externalización de los bonos en cartera. Sobre este telón de fondo hay que entender el fracaso de los sucesivos planes para estabilizar la moneda argentina»⁸⁴.

Nos topamos de nuevo —no podía ser de otro modo— con la realidad concreta, plural y polimorfa, la única existente. Mientras tanto, como he sugerido y veremos con detalle, buena parte de la economía camina en dirección opuesta: hacia la abstracción o *separación* manipulable, plena y serenamente «científica», pero irreal.

Por poner un solo ejemplo, en su pretensión de predecir el futuro y «asegurar» su carácter de ciencia, se ha ido alejando más y más de la vida vivida y de la riqueza multiforme de la condición humana, decantándose con progresión exponencialmente acelerada hacia análisis matemáticos superespecializados e ininteligibles para los propios responsables de las grandes empresas⁸⁵, que quedan, de ese

⁸⁴ FERGUSON, Niall: *The Ascent...*, cit., p. 111-112; tr. cast., pp. 126-127.

⁸⁵ Como sabemos, ya Russell se prometía y prometía a sus contemporáneos la elaboración de un modelo matemático capaz de predecir el obrar humano, de manera análoga a como puede anticiparse el de las realidades no libres. Cf. RUSSELL, Bertrand: *Our Knowledge of the External World, as a Field for Scientific Method in Philosophy*. London: Routledge, 1995 [1ª ed., 1914].

modo, en manos de los analistas, obligados a tomar decisiones cuyo alcance real desconocen, al menos por sí mismos⁸⁶.

Lo esbozado en páginas anteriores se refleja en la afirmación tajante de Zamagni, referida de manera expresa y formal a la economía de los últimos siglos: «Si se observa detenidamente, la raíz del malestar de la civilización actual [...] está en el hecho de que durante demasiado tiempo hemos sido educados en un pensamiento que fragmenta el todo para estudiar sus partes; en un pensamiento que es disyuntivo, que ve falsas dicotomías por todas partes»⁸⁷.

En conclusión, *todo* lo esbozado hasta ahora apunta a un solo principio, enormemente revelador, que enuncio de momento como simple hipótesis de trabajo: cualquier factor que, en el conocimiento y en la vida, propicie o provoque la *separación* de lo que en realidad se encuentra unido —que transforme un simple elemento o componente en algo absoluto, ab-suelto, desligado—, puede considerarse a priori como caldo de cultivo, como detonante virtual o como alimento y abono de una situación de crisis.

Y ese es el trasfondo teórico-vital del impasse en que nos hallamos.

⁸⁶ Una anécdota significativa, entre las muchas posibles. En noviembre de 2007, «Gary Crittenden, director financiero de Citigroup, contó a los analistas que él no sabía cómo evaluar los complejos nuevos instrumentos financieros que estaban en el corazón de los problemas de Citi». MORRIS, Charles R.: *The Two Trillion Dollar Meltdown...*, cit., p. xii; tr. cast.: *El gran crac del crédito...*, cit., p. 14.

⁸⁷ ZAMAGNI, Stefano: *Heterogeneidad motivacional...*, cit., p. 66.

4. DIAGNÓSTICO PROVISIONAL

Desde tal punto de vista, cabría incluso sostener que el inicio «histórico» de la crisis económica se sitúa en la primera *parcelación* formal y estricta de la tierra, que llevó consigo, inevitablemente, una transformación en la manera de percibir la propiedad privada, la relación entre el hombre y el resto de la naturaleza, la índole del trabajo, la del comercio y lo susceptible de comercialización y un largo etcétera, que atraerá de nuevo nuestra atención.

Rifkin aporta datos que están a la vista de todos, a la vez que establece un nexo entre esa primera y ya lejana fragmentación —llevada a cabo con fines económicos— y las últimas expresiones de comercialización de lo humano, parceladas y empaquetadas también con vistas a su consumo: las experiencias vitales —viajes, aventuras, relaciones interpersonales, «cultura»...—, la propia vida vivida, sobre la que también me detendré más adelante, por su enorme significación para nuestro problema⁸⁸.

Desde una perspectiva complementaria, Rossi llega a la misma conclusión. Ya en el 2002 mostraba su extrañeza ante el hecho de que los déficits de la economía occidental, que considera estructurales o íntimamente *constitutivos del sistema* y no solo fruto de malversaciones o déficits morales, se atribuyeran

⁸⁸ Cf. RIFKIN, Jeremy: *The Age of Access: How the Shift from Ownership to Access is Transforming Modern Life*. New York – London – Toronto: Penguin Books, 2000, pp. 145–46; tr. cast.: *La era del acceso: La revolución de la nueva economía*. Barcelona: Paidós, 2000, pp. 196-197.

no obstante a meros errores humanos de ejecución⁸⁹. Y, tras analizar con detenimiento los factores que han conducido hasta la ruina actual, señalaba decididamente, como su causa más profunda, el proceso de fragmentación que se inició hace varios siglos: una separación deliberada y sistemática, a la que Occidente «confió su desarrollo»⁹⁰ y que, partiendo al menos de Maquiavelo y Galileo y, en el ámbito económico, de Smith, paso a paso «ha destruido la unidad del saber, la de las ciencias y la de la propia sociedad civil y política»⁹¹.

Después, con un recurso a Luhmann, recuerda que la civilización actual no es sino una amalgama de elementos internamente despedazados. Añade que semejante fractura se impone sobre todo y encuentra su expresión paradigmática en los dominios de las finanzas, en los que, en virtud de la «despersonalización» de las relaciones que se establecen, cualquier juicio moral deviene irrelevante⁹². Y concluye que solo existe un modo de poner remedio a tanto desatino: «el retorno a la originaria unidad del saber»⁹³, como elemento fundamental para instaurar también la imprescindible unidad de las existencias individuales y del conjunto de la sociedad.

En semejante sentido, y como resumen de cuanto he apuntado, valgan las palabras pronunciadas por

⁸⁹ Cf. ROSSI, Guido: *Il conflitto epidemico*. Milano: Adelphi, 2003, pp. 12-13.

⁹⁰ Cf. ROSSI, Guido: *Il conflitto epidemico, cit.*, p. 137.

⁹¹ Cf. ROSSI, Guido: *Il conflitto epidemico, cit.*, pp. 137-138.

⁹² Cf. ROSSI, Guido: *Il conflitto epidemico, cit.*, p. 138.

⁹³ Cf. ROSSI, Guido: *Il conflitto epidemico*. Milano: Adelphi, 2003, p. 138.

Soloviev ya en 1878, en la primera conferencia de un ciclo que tuvo lugar en el gran auditorio del Museo de Artes Aplicadas de Moscú: «Detenerse a examinar la falta —intelectual y moral— de armonía y principios que impera en nuestro tiempo —no solo en la sociedad, sino también en la cabeza y el corazón de cada hombre concreto—, resultaría superfluo: es un asunto sobradamente conocido para cualquiera que alguna vez se haya dedicado a mirar dentro de sí y en torno a sí. [...] Pero también es un hecho indubitable y evidente que la humanidad no puede quedarse en esto, que está llamada a buscar un principio unitario y vinculante»⁹⁴.

Solo ese fundamento, capaz de explicar la conexión entre las realidades que de hecho se encuentran ligadas o reclaman mutuamente su unión, propicia un saber concreto y una existencia armónica, con los que será posible superar la crisis.

Mientras no lo busquemos y lo encontremos, podremos tal vez «parchear» la situación y seguir hacia adelante como si nada ocurriera, pero a costa de empeorarla realmente y preparar consecuencias todavía más graves, nefastas y duraderas. Cualquiera de los lectores, sin esforzarse demasiado, podría ilustrar esta última afirmación con cientos de ejemplos.

⁹⁴ SOLOVIEV, Vladímir: *Chtenija o Bogochelovechestve, 1877-1881*; tr. cast.: *Teohumanidad: Conferencias sobre filosofía de la religión*. Salamanca: Sígueme, 2006, p. 18.